

“Mi abuelo es quizás la única persona que me deja sin palabras. Me gusta pensar que él se las roba y las guarda en algún rinconcito del cielo, en una gaveta de nube con un rotulito grabado que ora: palabras de Oscar, mi nieto”.

Al llegar a mis oídos la noticia de su muerte, mi conciencia se fue a dar un paseo que duró poco más de mes y medio, para cuando regresó, estaba sucia y descuidada. Repararla me llevaría meses, o quizás años.

Mi abuelo fue un magnate en la industria nacional. Dirigía una de las más grandes y poderosas empresas, “Fruti Frutas S.A.”, en la que su producto estrella eran las naranjas. No estaban alteradas genéticamente, pero su color y sabor, rayaban en la excelencia. Mi abuelo le debía esa perfección al clima *“solo en este pedacito del mundo se pueden hacer naranjas tan perfectas”.*

No había nadie que no lo conociera, y gracias a ello toda mi vida fui llamado "El nieto del jefe", así sin más. Mi nombre de pila no pesaba lo mismo que mi apodo, por lo que todavía hoy hay muchas personas que lo ignoran, —igual nunca les ha interesado—.

Mi madre decidió tener solo un hijo; y aquí estoy yo, su servidor. Cuidar niños era algo que no quería repetir, y que quede claro, no era porque yo fuera una persona difícil, simplemente, a ella no le gustaba. Su relación con el negocio de mi abuelo fue mínimo, “no me interesan las frutas” había expresado una vez. A diferencia suya, yo moría de ganas por conocer todo sobre la empresa, es esa una de las razones por las que me llevaba tan bien con él, después de todo, era su único nieto.

El hermano menor de mamá, tras dos años de lo que parecía un matrimonio próspero, se declaró gay y en seguida pidió el divorcio, evitando así que algún niño llevara su apellido. Mientras que el hermano mayor se había ido a Nueva Zelanda hace más de quince años sin contactarse con nosotros desde entonces.

Es cierto que la familia no se acercaba ni un poco a llamarse perfecta, pero mi relación con mi abuelo sí que lo era.

Un mes y medio después de su... muerte, la prensa insistió en entrevistarme. Para entonces mi alma recién acababa de llegar del paseo, pero me dejé convencer por la tenacidad de la periodista.

—Primero; quería agradecerle por aceptar reunirnos, estos temas siempre son delicados. Bien, comenzaré de inmediato—. Soltó un suspiro antes de iniciar.—De todas las cosas que realizó don Alfonso, ¿cuál fue la más sobresaliente? —preguntó sin mirarme, debía de estar apuntando la fecha y la hora en la libreta.

De haberle puesto atención habría notado que ella tenía su gracia. Escribía delicadamente y estaba muy bien vestida. Llevaba su cabello recogido en una cola que no pudo retenerlo en su totalidad, por lo que un par de mechones caían a ambos lados de su rostro.

—Mi abuelo sobresalía en todo. No solo era un genio para los negocios, sino un perfecto esposo, padre y abuelo. Su proyecto más importante fue su familia y tengo que admitir que lo manejó de la mejor forma que pudo. Realmente es una familia complicada—. Los recuerdos viajaban en mi mente atropellándose unos con otros, lo extrañaba tanto...

La periodista se revolvió en la silla y lanzó su segunda pregunta.

—Ya veo. ¿Y sabe usted qué será de la compañía sin él? ¿Se ha sentido inseguro de manejar la empresa usted solo?

—No —tuve que respirar. Siempre me molestaron algunas de las preguntas que hacían los periodistas —desde que tengo memoria, he ayudado a mi abuelo con su negocio. Él nunca dejaba de explicarme algo por estar corto de tiempo. Sé como se hace esto y lo haré al igual que lo hizo él. Por supuesto que la empresa

sufre una pérdida incalculable. Los trabajadores lo extrañan, y no los culpo. Siempre hará falta, pero buscaré la forma de llevar a la empresa a su estado habitual. Se lo debo.

—Cierto es que don Alfonso quedará siempre en nuestra memoria-. Hizo una pausa para hacerme sentir que le pesaba su muerte —¿Y qué era lo que más le gustaba de él? ¿Cómo era en su día a día? —Mientras continuaba con el interrogatorio no pude ocultar una sonrisa. Me hacía feliz recordarlo. Tuve que aclararme la garganta para poder responderle.

—Él era alguien de palabra, un caballero. Creía que un abrazo era la solución a todos los problemas. El campo y las zonas verdes lo impregnaban de tranquilidad. Usualmente recorríamos caminando las cosechas; siempre tenía algo que decir y me hacía pensar mucho—reí en silencio al recordar sus dichos. —Le encantaba jugar con las palabras. "Eso es solo la punta del iceberg" solía decirme todo el tiempo. Terminábamos nuestras charlas invariablemente en el mismo punto, cuando llegábamos a la señera mata de café rodeada por árboles de naranja. La miraba con cariño y me decía "esta mata por ejemplo, parece una cualquiera pero..."

Me levanté de golpe. Mi mente corría desenfadada. Al verme de pie, la periodista hizo lo mismo con cara de sorprendida.

—¿Está usted bien? Discúlpeme si he preguntado algo indebido—. No le puse nada de atención. En ese momento tenía cosas más importantes en las que pensar.

Le hablé secamente:

—Es toda la información que puedo darle por hoy—ni bien dije esto mi conciencia me advirtió que tenía que ser cortés—¡Perdone!, es que se me presentó un asunto. Espero sea suficiente información para poder publicarla.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

